

Psicomagia y relación médico-paciente

Dr. Felipe Zúñiga Herranz¹

La relación médico-paciente aparece como uno de aquellos fenómenos que, de tanto intentar abordarlos, defenderlos o simplemente contemplarlos, se nos escapan indefectiblemente de nuestro precario entender conciente, refugiándose sigilosos en la vapuleada y más cercana praxis cotidiana. Sin embargo, parece necesario persistir en el empeño de mirar este espacio, reducto final de aquello que podríamos nominar como “esencial en todo acto médico”.

En el libro *Psicomagia* (1) (suerte de *summa* de su variopinto derrotero artístico, religioso y terapéutico), el cineasta, mimo y escritor Alejandro Jodorowsky viene a mostrarnos una, en apariencia, nueva faceta de esta relación establecida entre un ser humano en busca de ayuda y de otro dispuesto a darla. Su encantadora –nunca mejor utilizada la palabra– técnica de enfrentamiento del enfermar humano, mezcla, al modo de los brujos y chamanes “primitivos”, la magia, la poesía y la performance teatral, generando verdaderos “montajes de sanación”, en los cuales el consultante se ve interpelado en las raíces profundas de su dolencia, hermanándose de esta manera con el psicoanálisis en su comprensión inconciente y transgeneracional del conflicto y sus múltiples manifestaciones (sean éstas psíquicas o físicas).

Los múltiples ejemplos y anécdotas reseñadas en esta obra podrían leerse, desde luego, a la luz de la charlatanería, la sugestión o el simple engaño circense. Es innegable, sin embargo, la compasión, la empatía profunda y una legítima intención de ayuda presentes en cada uno de los “actos” relatados por el autor (terapeuta?). He aquí, y ampliando el espectro más allá del mero enfermar psiquiátrico, que merece nuestra atención lo planteado por Jodorowsky en términos de relevar -de manera algo heterodoxa si se quiere-, lo fundamental del vínculo como *conditio sine qua non* para con cualquier proceso terapéutico exitoso.

A este respecto nos parece atinente citar al psicoanalista Ronald Laing -uno de los ignotos padres del concepto de *intersubjetividad*- en relación al acto médico (terapéutico) como aquella, quizá “*última opción de encuentro realmente legítimo y fundante entre dos seres humanos*” (2). Esta declaración, algo empapada del espíritu radical de los años 60, nos plantea la interesante perspectiva de situar al vínculo

¹ Médico-Psiquiatra.

terapéutico como una forma de relación idealmente desinteresada y basada en la confianza extrema de los flujos de ayuda. Y se recalca la idea de flujo, porque Laing -al igual que Jodorowsky-, no delimita de manera tajante las figuras del paciente y del terapeuta, en atención a que, de ser legítima la vinculación entre ellos, la bidireccionalidad es consustancial al proceso. Esto es, en la medida que el proceso avanza y se profundiza (logrando sus objetivos) menos claro va quedando quién es el principal beneficiado por el mismo.

Más aún, cabe señalar que conclusiones similares se han obtenido en investigaciones recientes en psicoterapia y neurociencias, producto de las cuales se ha llegado a señalar que lo “realmente terapéutico” sería la recreación o re-escenificación (incluso en términos biológicos) en la terapia del espacio vincular primario (apego con la madre), espacio de suyo definido por la confianza, seguridad y un permanente “*circular amoroso*” (3). Luego pareciera que, tan sólo en este *circular* es que la curación (o al menos el alivio) puede emerger, comprometiendo de manera proactiva a los componentes de la relación para su mantención y profundización en el tiempo. De ahí también que Jodorowsky transforma a sus pacientes en actores principales de su proceso de sanación (algo así como “*tú me (te) ayudas a que te cure*”), difuminando de manera radical los límites en tratante y tratado (o *tratando*), así como el locus del poder curativo.

Jodorowsky, parece querer mostrarnos en cada párrafo de su obra que lo que realmente puede aliviar el sufrimiento humano recae menos en la técnica y el conocimiento científico asociado a la comprensión mecánica del cuerpo, que en el acoger integral y personalizado de cada consultante. Al alero de esta perspectiva, -más afín a un acercamiento estético del fenómeno humano-, es que el autor llega a afirmar que “*un científico no puede ser terapeuta... (ya que) la curación es obra de artistas y poetas.*” (pag.284), lo cual, más allá de una mezquina interpretación literal, no hace sino resonar profundamente con la visión de la medicina occidental desde tiempos hipocráticos, en términos de relevar la vocación médica como un conjunto de técnicas puestas al servicio de un arte mayor.

La Psicomagia se nos aparece, finalmente, como un crisol en donde confluyen, amén de los citados elementos subjetivos de la relación terapéutica, aspectos como el juego y la catarsis, señales inequívocas de sanidad y profilaxis de enfermedad.

La invitación es entonces mirar en el rescate de lo profunda y auténticamente humano, aquel reducto donde ha de descansar el gesto curativo, el fin de último de nuestra labor como terapeutas, cualesquiera sea nuestra índole.

BIBLIOGRAFÍA

1. Jodorowsky, Alejandro. *Psicomagia*. Editorial Random House Mondadori, Santiago de Chile, 2005.
2. Laing, RD. *Experiencia y alienación en la vida contemporánea*, (trad. por Ines Hülze). Editorial Paidós, Buenos Aires, 1973.
3. Safran, J. Muran, C. *Alianza Terapeutica. Una Guia Para El Tratamiento Relacional*. Editorial Desclee, Barcelona, 2005.